

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

***JUAN DEL RÍO MARTÍN, Santidad y pecado en la iglesia.
Hacia una eclesiología de San Juan de Ávila, BAC 2015***

María Encarnación González Rodríguez
Postuladora de la Causa del Doctorado de San Juan de Ávila

Agradecer vivamente la invitación a este acto no es una mera formalidad; es corresponder a una prueba de amistad y de confianza del autor del libro y motivo para una gran alegría personal: permítanme decirles que mi padre era coronel, por lo que me complace hondamente estar en este ámbito y entre ustedes. Muchas gracias, de todo corazón.

Y de algún modo nos acompaña también el Arzobispo Luis Francisco Ladaria, Secretario de la Congregación de la Doctrina de la Fe, que firma la Presentación del libro. En ella alaba la “ingente labor de síntesis y de sistematización de datos y elementos dispersos en la amplia producción del Maestro”, y considera muy oportuna esta publicación “por los méritos intrínsecos y por la nueva actualidad de San Juan de Ávila” al haber ido proclamado Doctor de la Iglesia universal. Concluye deseando “que sean muchos los que se aprovechen de este libro” que tantas enseñanzas contiene.

1. Una portada que sintetiza el libro

La portada de este libro reproduce un gran cuadro que está colocado, casi junto al techo, en la pared del paraninfo de la antigua Universidad de Baeza, de la que el santo Maestro Juan de Ávila fue fundador y patrono. Hay que mirarlo desde el lado opuesto, y está tan alto que se pierde un poco la perspectiva y no se alcanza a ver bien. Esta portada nos lo acerca, con la peculiaridad de que se ha prescindido del marco y el lienzo está algo recortado, con lo que cobra más relieve la figura del santo y, cuando se tiene el libro en las manos, incluso parece que el espectador está dentro de la escena. Eso pasaba también en la exposición “Juan de Ávila. El Maestro y su tiempo” que se hizo en Baeza en 2013 con motivo del Doctorado, para la que se acometió la no fácil tarea de bajarlo, con lo que se pudo ver y fotografiar muy bien. El cuadro me parece extraordinariamente adecuado para albergar esta obra. Me atrevería a decir, si el Señor Arzobispo me lo permite, que incluso forma parte de su contenido.

Se desconoce su autor. Por la inscripción que está en el ángulo inferior izquierdo sabemos que lo donó en 1732, al doctorarse, un alumno de la Universidad, don Juan Antonio de Benavides y Mesía, seguramente para sustituir un retrato más antiguo de inferior calidad. La gran pintura forma conjunto con otros dos lienzos: uno representa a don Rodrigo López, fundador económico de la Universidad, colocado debajo de la cátedra central, y el otro a Diego Pérez de Valdivia, discípulo del Maestro, el primer graduado en la Universidad, que está colocado a la izquierda, frente al del P. Ávila.

Es esta una de las representaciones del Santo más narrativas, o con más elementos biográficos. Dentro de su línea barroca, corresponde a la tipología de cuadro de estudio reservado a los doctores de la Iglesia, a los rectores universitarios, o a los grandes hombres de letras. El Maestro Ávila aparece sentado, escribiendo un libro sobre una mesa que contiene otros objetos de escritorio como un par de tinteros y plumas, una campana, dos libros cerrados, etc. También hay libros en la estantería del fondo, en cuyos lomos se leen los títulos de las cartas de San Pablo: *Ad Ephesios, Ad Philipenses, Ad Galatas...*, resaltando así su destacado “paulinismo”. La gran cortina roja, el estrado, el estar sentado, el revestimiento de la mesa, marcan el rango de distinción y autoridad que se otorga al

Maestro. Pero, pese a la riqueza de estas telas y a la calidad de los objetos, acordes con la dignidad del oficio del retratado, destaca la sencillez de su vestido, una simple sotana negra, signo de la austeridad, e incluso pobreza, que caracterizó el ambiente de la Universidad de Baeza y, desde luego, la vida del Santo.

Pero el punto focal del cuadro se sitúa en un gran crucifijo colocado sobre la mesa, al que, con tono reflexivo y orante, mira fijamente el escritor, que en ese momento tiene la mano alzada, como haciendo una pausa en su trabajo para escuchar las palabras que salen de la boca del Crucificado, escritas en una banda ondulada que, atravesando el cuadro, llega hasta el oído del Santo: “*Magister, dimittuntur tibi peccata tua*”. Porque existe la tradición de que, mientras celebraba la Misa, se le apareció Cristo diciéndole que sus pecados estaban perdonados. Pero es curioso que, en vez de “*remituntur*”, verbo con el que se suele expresar el perdón, la leyenda emplee “*dimittuntur*”, que significa más bien dejar marchar, despedir, despachar, licenciar.

El libro se titula *Santidad y pecado en la Iglesia*, título que se introduce en el cuadro como queriendo formar parte de esa biblioteca que tenía tan a mano el Maestro. Y, sobre su propia persona, el subtítulo: *Hacia una ecclesiológia de San Juan de Ávila*.

2. Un contenido “asimétrico”

Con esta segunda parte del título, y al leer el índice del libro, pudiera parecer que se trata de una síntesis orgánica de los distintos contenidos ecclesiológicos presentes en la obra del Santo Maestro; es decir, que el autor, don Juan del Río, hubiera colocado en un esquema lógico ideado por él lo que el gran predicador y escritor que fue el Maestro Ávila dijo o escribió sobre la Iglesia. Pero no es así. Me atrevo a decir que este estadio de la síntesis ha sido superado por don Juan para articular su contenido en base a las claves con que el propio Maestro elaboró su pensamiento sobre la Iglesia. Lo dice al final del libro: “No hemos pretendido presentar una total sistematización de la ecclesiológia avilista. Se trata de una obra abierta a futuras investigaciones que, sobre este campo elegido, quedan aún por realizar” (p. 357). Esto es verdad. Pero no añade aquí, aunque lo explicita en otros lugares, que su intento y su cumplido logro ha sido presentar los contenidos ecclesiológicos del Santo Maestro desde la propia médula de su mensaje: el amor de Dios. De hecho, el primer apartado del primer capítulo se titula “Dios Padre es amor, predica amor y envía amor”.

La coherencia de este libro nace, pues, de la propia coherencia del pensamiento avilista. El contenido gira en torno a dos polos opuestos, totalmente disimétricos: el amor de Dios que en el misterio de Cristo crea la Iglesia santa, y el pecado del hombre que oscurece su caminar en la historia. El polo del amor, que parte de Dios, es esencial, constitutivo de la Iglesia, y es, por tanto, inmutable, perenne; y el que nace de la debilidad del hombre es entorpecedor, accidental y, al fin, reconducible por la misericordia y el perdón. Como bien afirma don Juan, nunca empleó el Santo Maestro el equilibrado binomio “Iglesia santa, Iglesia pecadora”, y no es, por tanto, esta la tesis de este libro. La Iglesia es santa, no es pecadora; es el hombre, que forma parte de ella, quien, en el mal uso de su libertad, desfigura el rostro de la Iglesia pecando.

Por eso el título del libro no puede ser más adecuado: *Santidad y pecado en la Iglesia*. La santidad que viene de Dios y que es constitutiva de la Iglesia santa, y el pecado del hombre que empaña esa la santidad sustantiva, esencial.

3. El don de Dios al Maestro Ávila

Todos tenemos un peculiar don de Dios. El que regaló al Maestro Ávila caló en él muy hondo, y de manera tan decisiva que configuró toda su vida y actividad.

Joven de 26 años, terminados sus estudios en la moderna y prestigiosa universidad de Alcalá —la Complutense, fundada por el Cardenal Cisneros en 1499, el año en que nació Juan de Ávila en Almodóvar del Campo (Ciudad Real)—, recién ordenado presbítero y después de vender sus cuantiosos bienes de hijo único de padres ricos y dar el dinero a los pobres, esperaba en Sevilla que saliera la flota hacia el “Nuevo Mundo”, porque de acuerdo con Fr. Julián Garcés, OP, nombrado primer obispo de Tlaxcala (México), deseaba ir con él para dedicarse a evangelizar esas tierras, casi recién descubiertas. Y mientras tanto, en la espera, comenzó a predicar en Sevilla y otras poblaciones cercanas.

Su formación era óptima. A los 14 años sus padres lo habían enviado a estudiar Leyes a la Universidad de Salamanca. Pero se torció el proyecto, porque después de cuatro cursos el chico e les volvió a casa, aunque no sin haber obtenido una buena preparación académica. Después de unos juegos de cañas, decidió abandonar estos estudios y dedicó tres años al retiro, a la oración y a discernir su futuro. Pasado este tiempo, aconsejados por un franciscano, sus padres lo enviaron a Alcalá, donde fue alumno de Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, y, según el decir de este último, “si siguiera escuelas, fuera de los más aventajados en letras que hubiera en España”¹. Juan no siguió “escuelas”; es decir, no ostentó nunca una cátedra universitaria como sus destacados maestros; no fue el prestigioso profesor que pudiera haber sido, sino un cualificado predicador, como bien pronto empezó a demostrar en su espera de Sevilla.

Fernando de Contreras, clérigo sevillano al que Ávila había conocido en Alcalá y gran catequista, con quien compartía casa y pobreza, medió ante el arzobispo de Sevilla don Alonso Manrique para que lo retuviera en su diócesis, porque Andalucía debía ser nuevamente evangelizada, y el arzobispo accedió.

La brillante predicación del joven clérigo no tardó en levantar envidias y sospechas de modo que, como tantos otros en su época, en 1631 se vio acusado a la Inquisición y recluido en la cárcel mientras se resolvía el pleito, del que salió completamente absuelto casi dos años después. Fue una experiencia muy dolorosa, pero extraordinariamente fecunda, porque durante su estancia en la cárcel inquisitorial escribió la primera redacción de su principal obra, el *Audi, filia*, y porque entonces recibió el don de comprender de manera muy singular lo que llamaba “el beneficio de Cristo”. Es decir, hasta qué punto amó Dios al mundo que le dio a su propio Hijo, quien, muriendo en la cruz por amor, nos ha asociado a su resurrección, abriéndonos el camino del perdón y la salvación. “Por eso tenía él por dichosa aquella prisión, —escribía después su discípulo y primer biógrafo Fray Luis de Granada—, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio”². El Santo Maestro fue el gran apóstol del amor de Dios. “Sepan todos que nuestro Dios es amor” (*Sermón* 50), repetía constantemente con estas o parecidas palabras. Amor de Dios en Cristo Jesús, Verbo humanado y Redentor nuestro.

4. La predicación como teología aplicada

En adelante, llamado por los respectivos obispos, Juan de Ávila repartió su vida entre Córdoba y Granada, pero no sin recorrer tierras de La Mancha y Extremadura. Y, convertido de hecho en un clérigo itinerante mientras su salud se lo permitió, su incansable actividad consistió en orar, estudiar y predicar, uniendo admirablemente enseñanza y testimonio; sencillez en el decir y profundidad en los contenidos; caminar a ras de suelo y alcanzar la más elevada santidad. Debilitado por su precaria salud, pasó

¹ Declaración del P. Andrés de Cazorra, SI, *Proc. Andújar*, f. 1470r.; *Proceso de Beatificación del Maestro Juan de Ávila*, edición preparada por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ GIL, OH, BAC, Madrid, 2004, p. 887.

² *Vida*, p. 164.

los 15 últimos años de su vida en Montilla (Córdoba), nutriendo un precioso epistolario. Allí murió en 1569, cuando se acercaba, o acababa de cumplir, 70 años de edad.

La predicación del Maestro Ávila era una teología aplicada a la vida y a las necesidades de la gente; una teología predicada, fruto de su estudio y preparación académica, acompañada siempre por la Palabra de Dios y de los escritos de los santos Padres. Pretendía la evangelización de las personas y su tensión hacia la santidad.

Aunque escribió algunas obras como la citada *Audi, filia*, el *Tratado del amor de Dios*, el *Tratado sobre el Sacerdocio*, algunos comentarios a la Escritura y otras, su cuerpo doctrinal se encuentra en gran parte en sus *Sermones* y en su fecundo y variado *Epistolario*. Pero no elaboró nunca una síntesis sistemática de sus profundos conocimientos teológicos, de ahí la importancia de estudios como este, que reúne, arqutrabándolo desde el propio pensamiento del Maestro, cuanto él habló o escribió sobre un tema tan fundamental y concreto como es la Iglesia.

Lo que sí aportó, y de modo muy cualificado, con su palabra y con su pluma, como también este libro pone de manifiesto, es la centralidad de la Palabra de Dios, de la Sagrada Escritura. Cuando llegó a Alcalá acababa de imprimirse la Biblia Políglota Complutense (1520), y debió permear desde entonces su vida hasta el punto de constituir su principal elemento configurador y su aportación más innovadora para la espiritualidad de todo el pueblo de Dios. En una época de confusiones, cuando Europa se estaba resquebrajando por la herejía protestante y cuando el *alumbradismo* confundía a los católicos, el Maestro Ávila propuso decidida e insistentemente el estudio profundo y constante de la Sagrada Escritura, entendida y vivida en la comunión eclesial, y en referencia a la lectura que de ella hicieron los Padres de la Iglesia, cuyas citas salpican buena parte de sus escritos. Esta intuición de poner la Biblia en manos de todos, incluso de los laicos, comprendidas las mujeres, favorecía una cultura religiosa más capaz de dialogar con las entonces nacientes confesiones cristianas. Era un intento apologético fuertemente unido a la tensión pastoral que involucró a los sacerdotes y a los laicos en la búsqueda apasionada del conocimiento de Jesucristo. Porque la Palabra de Dios reúne a toda la comunidad para que crezca en ella la diversidad de carismas.

5. En la Iglesia santa, todos estamos llamados a la santidad

Por ser santa la Iglesia de Jesucristo, Juan de Ávila era un convencido de que todos estamos llamados a la santidad, sea cual sea el estado de vida o la condición eclesial de cada uno. Una santidad generada por la gracia de Dios, la acción salvífica de Jesucristo y la cooperación nuestra, y sostenida por el impulso del Espíritu Santo. Pero dentro de una Iglesia discutida, sometida a revisión, de la que él no tenía una visión triunfalista, sino muy real, y muy crítica en algunos aspectos. Sin embargo, su concepción optimista de la persona humana le ayudaba a buscar modos para superar los obstáculos a la vida de fe, o que oscurecían el primado de Dios en la Historia y en la vida de los creyentes. Así, Juan de Ávila fue un gran promotor de todas las vocaciones en la Iglesia —clericales, a la vida consagrada y laicales—, porque todas provienen del Dios y todas conducen a la santidad. Lo que el Concilio Vaticano II nos ha recordado con fuerza, se halla bien presente en la predicación del Apóstol de Andalucía.

Como sacerdote diocesano que era, se ocupó preferentemente de formar a los laicos —hombres y mujeres, niños y adultos, pobres y ricos, sanos y enfermos— y de enseñarles los caminos de la vida interior. Atendió también a los religiosos, que acudían a él en búsqueda de orientación y consejo. Recordemos la espléndida generación de sus contemporáneos santos que le tuvieron por consejero y maestro: los jesuitas Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, el franciscano Pedro de Alcántara, el agustino Tomás de Villanueva, los carmelitas Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, por ejemplo.

Pero desde la clave eclesial, su preocupación principal se centró en fomentar la santidad del clero diocesano, necesaria para la armonía entre todas las vocaciones. Ideó modos para su formación, como la creación de una quincena de colegios menores y mayores, e incluso de la prestigiosa Universidad de Baeza, cualificado referente durante siglos. Quería un clero idóneo para ejercer debidamente el ministerio, para responder con acierto a las preguntas morales y espirituales del pueblo y para afrontar los retos que planeaban las iglesias reformadas. Con su insistencia en el estudio de la Sagrada Escritura, que él conocía como pocos, pretendía formar sacerdotes más capaces de estar al servicio del pueblo cristiano: “Sed amigos de la palabra de Dios leyéndola, hablándola, obrándola” (*Carta* 86), escribió y solía repetir. Consideraba, pues, el estudio y la vivencia de la Escritura como el instrumento imprescindible para avanzar por el camino de la santidad.

6. Por el pecado del hombre, la Iglesia “semper reformanda”

Las dos primeras partes del libro, tituladas “El misterio de la Iglesia” y “Santos en Cristo”, que agrupan cinco amplios capítulos, están dedicadas a todo lo que acabamos de decir. La Iglesia parte de un Dios que es Trinidad porque es amor; es el cuerpo de Cristo, Dios humanado, y vive animada por el Espíritu.

Don Juan recoge y articula en estos capítulos expresiones muy bellas del Maestro Ávila, que reflejan su honda comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia, e incluso su dimensión mística, como cuando habla de la Iglesia como Esposa de Cristo, purificada y santificada por el Esposo. Y copia, por ejemplo, estas citas:

“No es de maravillar tanta novedad pues el desposado y el modo de desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado, y porque es Dios y hombre” *Audi, filia* (2), (p. 117).

“¿Y quién tiene ropa de bodas? [...] ¿Qué ropa es esta? [...] ¿Dónde la venden? —Audi: Las bodas son de Cristo, que es el Esposo, y de la Iglesia. Pues si tuviéramos vestida la ropa del desposado, tendremos vestido de boda. Y esta digo que es vestidura de boda, estar vestido de la imitación de Jesucristo” *Sermón* 24 (p. 121).

Él es el Santo que nos santifica; en la configuración con Cristo radica la santidad de la Iglesia y de todos los que formamos parte de ella. O, con palabras de Ávila, “Estar colgados de Cristo”. Comenta en el *Sermón* 28:

“Si el hombre tuviere seso dirá: ‘Este es mi redentor, este es el que dio su sangre por mí, quiero irme a Él’. Y darte ha a beber su Espíritu; quedarás tan harto y contento que saldrán de tu estómago fuentes de agua viva. No solamente ternás agua y contento para ti, más también para los otros” (p. 133-134).

Esta es la vida santa, que manifiesta el rostro limpio de la Iglesia santa. Concluye don Juan sintetizando al Maestro: “La *Santa Madre Iglesia* es un don del Padre en el Hijo por el Espíritu mediante el trueque de la cruz. Los que forman parte de ella gozan de la santidad con que la engalanó su Esposo. El pecado de sus hijos podrá ‘ennegrecer’ el rostro de la Madre, pero nunca agotará la fuente regeneradora de santidad que ella posee como depositaria de los tesoros del Esposo” (p.135).

En el cuadro de la portada del libro, sobre la mesa hay un reloj de arena al que no hemos aludido al comienzo. ¿Puede significar el paso del tiempo? El Maestro no mira al reloj, sino a Jesucristo en la cruz. Pero el tiempo, lo mismo que puede favorecer el “Crecimiento de la santidad en la Iglesia” (así se titula el cap. 5), puede también oscurecerla, con lo que entramos en la tercera parte del libro, titulada “El pecado desfigura la Iglesia”. Tiene dos capítulos: “El pecado, obstáculo para la santidad” (cap. 6) y “*Ecclesia semper reformanda*” (cap. 7).

El pecado, desde su origen, se plantea como una negación del amor divino por parte del trasgresor. Dice Juan de Ávila en el *Sermón* 29:

“En pecando el hombre, en quebrantando el mandamiento de Dios, luego quedó la gracia que tenía, perdida [...] Y yéndose Dios del hombre, quedaron los desventurados tales, que es lástima pensarlo [...] Así que todo lo bueno que el hombre tenía, quedó estragado: el entendimiento, ciego; la voluntad, tuerta; la carne, rebelde [...] Veis aquí quien somos” (pp. 300-301).

Pero la labor de la Iglesia, en palabras del teólogo Congar que recoge el autor del libro, “es, precisamente, purificar incesantemente a los pecadores de sus pecados. Es ella misma el lugar y el instrumento de aplicación de la redención de Cristo [...] Las flaquezas no son un hecho de la Iglesia, sino de sus miembros” (p. 312).

Así pues, por la falta de vida sobrenatural en algunos, se presenta la Iglesia con una faz desfigurada. “Es peculiar de San Juan de Ávila —afirma el señor Arzobispo— poner todo su énfasis en como repercuten los pecados de los ministros de la Iglesia en el pueblo fiel. Dice el Maestro en el *Sermón* 9 y repite en su tratado sobre *Reformación del estado eclesiástico*:

“Curas, prelados, mirad y velad, catad que el demonio sabe que el bien de otros pende de vosotros y de vuestro ejemplo. Trabaja mucho por derribaros y hace que contra vosotros se acueste la mayor fuerza de sus engaños [...] Porque derribado el capitán, en quien todos tienen los ojos, luego desmayan” (p. 313).

Es muy dura la crítica de Juan de Ávila al pecado de los pastores del pueblo de Dios, pero no es una crítica amarga, sino que nace del deseo de que “vista la llaga, se busque la medicina”. Así, se lamenta de los pecados de los “prelados negligentes”, que “tienen más cuidado de la hacienda que de la conciencia”, y del mal que, con su mal ejemplo, pueden hacer los presbíteros a la Iglesia. Lamenta también la relajación con que viven muchos religiosos, y el pecado de los laicos. Porque la redención de Cristo fue para todos:

“Quiso derramar sangre por los hombres, y no derramó más por el rico que por el pobre, ni por el rey que por el esclavo; igualmente derramó sangre por todos. Mirad a Jesucristo: Él es nuestra cabeza y nosotros somos sus miembros [...] El placer y el gozo habían de ser iguales; y quien tiene este amor, así lo hace. A quien le falta, no” (*Lecc. I Juan*, p. 319).

Y con trasfondo bíblico y patrístico reprocha, en todos, el pecado de las riquezas:

“Mirad que tenéis hermanos necesitados, y quien no los tiene por hermanos, no tenga a Dios por Padre, del cual se dice: Padre Nuestro. Pues no es ley de hermanos que vistáis y comáis como habéis gana y que los otros ni tengan qué vestir ni qué comer. No solamente vuestras demasías son locuras, más son robos, que hurtáis a los pobres, para los cuales os dio Dios y no para locuras; que así lo dicen los santos. No es, por cierto, cosa de hermanos en unos tanta abundancia y a otros que tanto les falte” (*Lecc. I Juan*, P. 321).

Pero, ante el pecado, apela a la bondad de Dios: “Él, por su misericordia, ordenó sacramentos, para que recobrásemos la vida del ánima” (*Sermón* 43, p. 327).

Hijo de su tiempo, 17 años menor que Lutero, a Juan de Ávila le dolía también la herejía que desgarraba el manto de la Iglesia santa, y le dolía igualmente la fragilidad de los que “quedan” dentro de ella. Por eso, por la crítica de los unos y las debilidades de los otros, la Iglesia siempre habrá de ser reformada y renovada en el tiempo.

7. Juan de Ávila, un santo verdaderamente reformador

Juan de Ávila fue un santo verdaderamente reformador. “Pero a diferencia de otros reformadores de la época —se lee en libro— prescindirá de los elementos políticos, jurídicos y organizativos para situare en los sobrenaturales”, porque “santidad y reforma no se oponen, sino que la una pide la otra” (p. 345-346).

Para renovar la Iglesia desde la base, su propuesta es sencilla y profunda: vivir la vida según Cristo (*Gal* 5, 35); renovar el corazón humano reconociendo el poder del Espíritu y la propia pequeñez. Caminar según el Espíritu conlleva el conocimiento de sí propio y de cómo Dios desea comunicar su vida de gracia. La vida espiritual, la vida santa, es la única realidad a la que es llamado todo el pueblo de Dios. Pero requiere, en primer lugar, la santidad de los ministros al ejemplo de Jesús, Buen Pastor.

Una de sus aportaciones más innovadoras es la comprensión del ministerio sacerdotal y, sobre todo, de la vida del sacerdote. En el cuadro de la portada del libro hay otro detalle que no hemos comentado: una mitra y un capelo cardenalicio en el suelo. En otras representaciones iconográficas del Santo Maestro las mitras son dos. El hecho de haber renunciado a legítimas promociones, como fue dos veces al episcopado —Segovia y Granada— e incluso al cardenalato que le ofreció el papa Paulo III, revelan hasta que punto era un convencido de la excelencia y las posibilidades de sacerdote de a pié, del cura unido a Dios por la oración y la escucha atenta de la Palabra, y unido a su pueblo por la acogida de sus necesidades y la cualificación de su enseñanza. No es que despreciara las categorías de obispo o de cardenal, por supuesto, sino que, tal como estaban configuradas en aquella época, con inevitables implicaciones políticas, le parecía que no facilitaban el camino hacia la santidad. Es lo que se deduce de sus escritos y de su modo de proceder.

Escribe en *Reformación del estado eclesiástico*:

“Ya consta que lo que este santo concilio pretende es el bien y la reformación de la Iglesia. Y para este fin, también consta que el remedio es la reformación de los ministros de ella. Y como éste sea el medio de este bien que se pretende, se sigue que todo el negocio de este santo concilio ha de ser dar orden cómo estos ministros sean tales como oficio tan alto requiere” (p. 351).

El Arzobispo de Granada don Pedro Guerrero quiso llevarle como su asesor teólogo a la segunda sesión del Concilio de Trento. No pudo ir Juan de Ávila, anciano y enfermo, pero escribió unos *Memoriales* que influyeron decisivamente en las conclusiones de la reunión conciliar, de modo particular en lo referente a la formación del clero, con la creación de seminarios, y a la vida sacramental. Fue también de los teólogos y maestros que con sus escritos y predicación hicieron posible la recepción del concilio en el cuerpo eclesial. Un verdadero reformador, pero plenamente convencido de que “toda renovación eclesial pasa por el *corazón humano*” (p. 347).

Conclusión

Enhorabuena, Señor Arzobispo, y enhorabuena, Doctor Ávila, porque ha encontrado tan buen intérprete y divulgador de su pensamiento en un tema tan central como de evidente actualidad.

Hoy, como en todos los tiempos a lo largo de la historia, también padecemos —¡y de qué manera!— el pecado en el corazón y en los hechos de las personas que formamos la Iglesia. El Papa Francisco nos lo recuerda con frecuencia, a la vez que incesantemente invoca la misericordia de Dios. Esperemos que en el día final, no el Crucifijo que habló a Juan de Ávila, sino el Cristo glorioso cuyo Cuerpo y cuya Esposa es la Iglesia santa, nos pueda decir a cada uno, llamándonos por nuestro nombre, o por nuestros títulos: “*Dimittuntur tibi peccata tua*”: tus pecados han sido licenciados; terminada su presencia en tu corazón, se han ido para siempre. Muchas gracias.

Madrid, 4 de mayo de 2015